

# ¿El canon de Camilo Marks?

RODRIGO CÁNOVAS

Nada mejor que una buena antología de cuentos que incluya diversos autores, temas y tiempos, para incentivar una lectura libre y gozosa, que conlleve saltos de página, omisiones voluntarias y en muchas casos, la inmediata relectura de un memorable relato. Así ocurre con **Grandes cuentos chilenos del siglo XX** (Sudamericana, Santiago) compilados por Camilo Marks, una verdadera celebración lúdica de la lectura.

Los criterios de esta antología son modestos y también, ambiciosos: elegir los cuentos que han resistido el paso del tiempo, elegir aquellos que no hayan sido muy

manoseados por la tradición escolar (afuera, entonces, «El árbol» melancólico de la Bombal y «El vaso de leche» maternal de Manuel Rojas), apostar por relatos de autores más recientes y, además, descubrir algunas narraciones de poetas o teatristas, dejadas de lado injustamente (como los cuentos de Enrique Lihn o de Fernando Jousseau).

De ninguna manera, esta antología renuncia a los clásicos, acaso porque su secreto anhelo sea constituirse en obra canónica. Así, en los 24 relatos encontramos los nombres de Marta Brunet, Francisco Coloane, Poli Délano, José Donoso, Federico Gana, Baldomero Lillo y Antonio Skarmeta. A través del

Prólogo, nos enteramos de que hay cuentos y autores muy relevantes que no pudieron ser parte del libro, por no conseguirse la autorización de otras editoriales. Así, no están, por ejemplo, «El padre» de Olegario Laso y «Lucero», de Oscar Castro. De los más nuevos narradores, se incluyen historias de Jaime Collyer, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Carlos Iturra y Ana María del Río.

Uno de los aportes de esta selección antológica es que relega a segundo plano la supuesta tradición realista de las letras chilenas. En estos cuentos priman las narraciones extravagantes, gobernadas por la subjetividad y dispuestas en los comple-

jos lenguajes de la evocación memoriosa, la confesión o la fantasía diurna. Lo común es la reconstitución de escenas: se vuelve a la niñez, a los rincones de ciudades y casas. Y se escudriñan también los frágiles envoltorios originales de la chilenidad: las figuras maternas y paternas, la familia, los dobleces de la persona.

Otra ventaja, no menor, de este libro, es que sus historias se ordenan siguiendo el orden alfabético de sus autores, destruyéndose el marco epocal, lineal y tedioso, de muchas obras de este estilo. De los relatos antiguos, el amor culposo de «En provincia» de D'Halmar y el retrato nostálgico de «El hombrecito» de José

Donoso siguen resultando memorables. Un grato descubrimiento es el cuento fantástico de Jousseau «El prisionero», ambientado en otros tiempos y parajes (en Sadex, Escocia, en los siglos XVIII y XIX). De los relatos de autores más recientes, los de Jaime Collyer y Alberto Fuguet son los más destacados. Desde hace una década, Collyer es el cuentista de mayor proyección internacional en nuestro medio, quien pone lo cotidiano al borde del abismo, a través de personajes parapetados en gestos irónicos y egománacos. De Fuguet hay que celebrar su humor paródico, su desparpajo lingüístico y su espíritu inquisitivo sobre los nuevos y viejos órdenes.

Queridos lectores, estamos en presencia de una antología estricta, confeccionada con gran rigor, pensada para quienes leen por placer, lo cual no significa que lean cualquier cosa. Este libro cumple con su parte: presenta una selección de grandes cuentos chilenos. El desafío queda planteado.

**IMPRIMIMOS LIBROS**  
**DESDE 300 EJEMPLARES**  
 · Desarrollamos su Proyecto Editorial  
 · Tenemos talleres Propios  
 · Precios sin Competencia  
**ia impresora acapulco**  
 CONDELL 86 · PROVIDENCIA  
 FONOS: 2698042 · 2091501